



Olvidate de mi

Pedro Bonifacio Palacios

Siempre en la ida este fatal pasado,
siempre el recuerdo de este amor conmigo,
que debiera olvidar y no he olvidado,
que quiero maldecir, ¡y no maldigo!...
¿Por qué en este viaje triste y desolado,
que en mi existencia solitario sigo,
siempre ha de ser presente mi pasado
y ha de estar este amor siempre conmigo?

¿Por qué no he de arrancarme de la mente
la idea de este amor que me devora?
Si fue cándido, tímido, inocente,
a qué gritarme la conciencia ahora?
Si puedo alzar con altivez la frente,
si Ella fue la perjura la traidora,
¿Por qué siempre el pasado a mi presente
ha de traerle este amor que me devora?

¿Por qué llorando lágrimas de fuego
que abrasan mi mejilla de vergüenza,
descubriendo este amor, que a todos niego,
he de dejar que su recuerdo venza?
Si ese cobarde llanto en que me anego
pregona sólo mi desgracia inmensa
y estas maldita lágrimas de fuego
escaldan mi mejilla de vergüenza...

Si el mundo no comprende mi agonía
¿a qué mostrarle, necio, lo que ignora?

Si con terrible indiferencia impía
Insulta el llanto, del que triste llora;
Si la mujer, que tanto yo quería,
en este mundo indiferente mora,
y Ella, también presente a mi agonía,
dice, también, que mi desgracia ignora?

¿Por qué llorar y maldecir la vida
y abismarme en mi propio padecer?
Si esa profunda y desgarrada herida,
puede cerrar, tal vez, otra mujer?
Si esa inefable dicha es ya perdida,
si es imposible a su ilusión volver,
si es fugaz respiro nuestra vida,
debemos olvidar el padecer!...

¡Siempre llorando he de seguir su huella,
atado a su recuerdo ennegrecido!
¡Siempre tan triste y funeraria estrella
alumbrará mi viaje maldecido!
Ya no he de amar a otra mujer más que a Ella
ni ha de tener mi corazón latido
sino para llorar sobre su huella
atado a su recuerdo ennegrecido!

No encontrare una flor en mi camino,
que exhale su perfume dulce calma;
siempre será severo mi destino,
siempre el martirio me dará su palma!
Y el tormento futuro que imagino,
será, tal vez, como lo pienso en mi alma:
no encontraré la muerte en mi camino,
no gozaré de su tranquila calma!

--Nadie, ¡Dios mío! Ni una voz amiga,
que me vuelva al morir la dulce calma,
ni un ser, tal vez, que compasivo diga:
“en tus manos, Señor, recibe su alma”.

Vosotros, los que tanto habéis llorado,
escuchad un momento mi querella,
tened piedad de un triste desgraciado
sin más tesoro que el recuerdo de Ella!
Mirad, en mi camino desolado
busco llorando su perdida huella!
¡OH! si, ¡vosotros los que habéis llorado
comprenderéis tan solo mi querella!

Huérfano y solo en mi desgracia intensa
nadie mis quejas de dolor oyendo,

esta terrible desventura inmensa
en mi mismo dolor, se irá perdiendo,
y yo mismo, de mí tendré vergüenza,
y de mi propia maldición huyendo,
se hará terrible mi agonía intensa,
tan solo yo, su convulsión oyendo:

Que era su amor la luz de mi sentido,
la estrella que alumbraba mi esperanza,
el deleite inefable prometido,
la primera emoción de venturanza,
el premio a mis afanes prometido,
el goce de mis horas de bonanza,
el néctar que embargaba mi sentido,
la ilusión que alentaba mi esperanza;

La ilusión precisa de mi vida,
el colmo del amor y del deseo,
el bálsamo sagrado de mi herida,
la realidad feliz del devaneo,
el alma de mi alma desprendida,
el letargo invencible del mareo
el sostén misterioso de mi vida,
el frenético aliento del deseo!

El destello de luz de mi mirada,
la noche sosegada de mi sueño,
el eco de mi voz enamorada,
la tierna recompensa de mi empeño;
la mitad de mi vida apasionada,
la mágica visión de mi beleño,
el objeto tenaz de mi mirada,
el arrullo celeste de mi sueño.

El ídolo de mi íntima creencia,
el árbitro fatal de mi destino,
la fe que conservaba mi existencia,
la antorcha que alumbraba mi camino;
el delirio tenaz de mi demencia,
la fuerza previsor de mi sino:
era mi fe, mi aliento, mi creencia,
el encargo feliz de mi destino!...

¡Hay del que pierde en cada día un mundo,
y en cada paso que a la tumba avanza,
ve sepultarse, en su ámbito profundo,
quejas, suspiros, dicha y venturanza!
Y que a su llanto abrasador, fecundo,
no le resta, siquiera, una esperanza,
porque ha perdido de esplendor un mundo,

y hacia otro mundo de miseria avanza.

¡Hay del que pierde como yo el mañana,
y ni le queda como a mi la duda,
porque ha llegado a la vejez temprana,
en que la historia de sus dichas, muda
le acusa, le tortura y le amilana,
y en agonía desolada y ruda
no espera el infeliz en el mañana,
ni le queda el acaso de la duda!

Debo olvidar, y olvidaré sin duda,
el cielo me enseña otro sendero,
es difícil llegar, la senda es ruda:
mas, querer es poder, y así lo quiero,
y escalare la cumbre, sin que acuda
este recuerdo del amor primero,
sino para alentarme, si la duda cero!

Y tú, que causa de mi pena has sido,
tú, que filtro de muerte me has brindado,
no recuerdes, jamás, que te he querido,
y olvídate, también que me has amado.
Que mi amor es ingenuo y desprendido,
y no exige, Señora, ser pagado:
vuelve amor por amor a otro querido,
yo viviré tan solo del pasado!...

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la
[Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite
el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo